

dia más á Jesucristo; protestemos que somos discípulos suyos, y viviendo segun su doctrina y sus ejemplos, hagamos aparecer delante de los hombres la luz que él nos comunica, para que viendo nuestras buenas obras, glorifiquen al Padre celestial (1). Llenos, en fin, de la fe mas viva, resistamos toda tentacion, repitiendo las palabras de Nicodemus: Sabemos que has venido á la tierra como maestro enviado de Dios (2); y las del príncipe de los Apóstoles: ¿A quién iremos, Señor, si nos apartamos de ti? Tú tienes palabras de vida eterna; y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo (3), que has venido para que tengamos vida, y vida mas abundante (4): la vida de la gracia en la tierra, la vida de la gloria en el cielo.

-
- (1) Matth. V, 16.
 (2) Joann. III, 2.
 (3) Id. VI, 69, 70.
 (4) Id. X, 10.

SEXTO SERMON.

Jesucristo en su pasion, Redentor del género humano, segundo Adan, restaurador de las ruinas que causó el primero.

*Mediator Dei et hominum Christus
 Jesus, qui dedit redemptionem semetipsum pro omnibus.*

(I Tim. II, 5, 6.)

EL carácter principal de Jesucristo con que le anunciaron los profetas, le simbolizaron las figuras de la ley, y le esperaron las naciones todas, es, Señores, el de Redentor y Salvador del género humano. Bajo este punto de vista vamos á considerarle hoy.

La gran mision de restaurar todas las cosas, con que el Padre envió á su Hijo á la tierra, exigia la expiacion de la culpa del hombre y la destruccion del cuerpo de pecado, la reconciliacion de la criatura con el Criador, y la regeneracion de aquella, elevándola á la vida de la gracia. Todo lo realiza Jesucristo. Toma la naturaleza humana, y en su carne lleva al hombre viejo á la Cruz para destruir el pecado (1); con la efusion de su sangre

(1) Rom. VI, 6.

pacífica el cielo y la tierra (1), lavando y purificando al hombre (2); con su muerte le merece la adopción de hijo de Dios (3), el derecho á la gloria (4), y la gracia que le santifica y le hace participante de la naturaleza divina para entrar en el cielo (5). Todo, Señores, lo tenemos en Jesucristo Redentor, todo en Jesucristo, crucificado, para consumir su grande obra. De tal manera amó Dios al mundo, que le dió á su Unigénito (6), en quien están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios (7), y aparece lleno de gracia y de verdad, para que de su plenitud recibamos todos (8). Sí, no solo nos lo ha dado, dice San Pablo, sino que lo ha entregado á la muerte por nosotros; ¿no nos habrá dado con él todas las cosas? (9)

Por ello el Apóstol protestaba no tener otra ciencia que la de Cristo crucificado (10), y de este misterio hacia el asunto de su predicación y de todas sus cartas (11), como que se reconocía enviado por Dios para evangelizar las inestimables riquezas de Cristo, y la divina economía de la redención (12). Él es, decía, el fundamento fuera del cual no puede ponerse otro (13): Él nos ha sido dado por Dios Padre como nuestra sabidu-

- (1) Coloss. I, 20.
- (2) Apoc. I, 5.
- (3) Gal. IV, 5.
- (4) Rom. VIII, 17.
- (5) II Petr. I, 4.
- (6) Joann. III, 16.
- (7) Colos. II, 3.
- (8) Joann. I, 14, 16.
- (9) Rom. VIII, 32.
- (10) I Cor. II, 2.
- (11) Id. I, 23.
- (12) Ephes. III, 8.
- (13) I Cor. III, 11.

ría, nuestra justicia, nuestra justificación y nuestra redención (1): él es nuestra paz, que une ambos extremos separados por el pecado (2); por él tenemos entrada al Padre (3), y somos adoptados por hijos suyos (4); en él, finalmente, está nuestra salud, nuestra vida y nuestra resurrección.

Estudiemos, pues, á Jesucristo en la consumación de su obra. Es el Redentor y Salvador del género humano; es el segundo Adán, que restaura con su sacrificio lo que arruinó el primero con su pecado.

PRIMERA PARTE.

Todos los pueblos tuvieron la convicción profunda de la degradación de la naturaleza humana por el pecado, y de la necesidad de la expiación. Tan claramente aparece esto de los monumentos y tradiciones de todas las naciones de la tierra, que no ha podido ser negado por los mismos corifeos de la irreligión y la impiedad. Basta citar las palabras de uno de ellos, que nos dispensan de aducir testimonios de antiguos escritores. «La creencia sobre el pecado y la degeneración del hombre, dice, se encuentra en todos los pueblos antiguos (5). Entre tantas y tan distintas religiones, ninguna ha de-

- (1) I Cor. I, 30.
- (2) Ephes. II, 14.
- (3) Id. id., 18.
- (4) Gal. IV, 5.
- (5) Voltaire, *Ensayo sobre las costumbres*, cap. 4.